

Comentario del jurado:

La mujer asomada a la ventana

Claudia Van der Pool Aba

Primer Premio – 2ª Categoría

Este encantador relato de la joven Claudia Van der Pol plantea un interesante diálogo entre dos artes: la pintura y la literatura. El argumento se puede resumir en pocas *pincladas*: una estudiante universitaria de 19 años que admira el cuadro *Muchacha asomada a la ventana* en el Museo Reina Sofía, queda imbuida y se introduce -sin que se explique de forma explícita qué lo ha provocado-, dentro de la historia que refiere el cuadro; del Madrid de la pinacoteca se traslada al Cadaqués de principios de siglo donde puede conversar con el mismísimo Dalí y su hermana Ana –su musa hasta que conoció a Gala en 1929-. Además, aparece otro personaje real con quien conversa al aparecer en la misteriosa playa mediterránea, Sebastián Orriugas, que ciertamente fue el primer médico practicante de Gerona.

El poeta latino Horacio decía que “la poesía es como la pintura” (“ut pictura poesis”), y Aristóteles en su famosa *Poética* afirma que “el poeta es un imitador como el pintor”. Así, nuestra novel escritora imita y recrea con palabras, las personas y los lugares que rodearon al pintor gerundense (la playa de Es Llaner, la casa de Dalí, la parroquia de Cadaqués). La autora nos remite a una cualidad narrativa de la pintura que presenta a unos personajes en un momento concreto de una historia. El relato ofrece una historia visual: la que recrea la modelo que sirve de inspiración para el cuadro, Ana Dalí, justo cuando acaba de ser pintado por su autor.

Dentro de las figuras retóricas, la *écfrasis* es la que conecta pintura y literatura, la imagen con la palabra. Podemos apropiarnos de la expresión de Riffaterre, cuando habla de *ilusión referencial* pues encontramos una doble mimesis (o imitación): el relato supone una representación con palabras de otro relato, pictórico en este caso (es decir, “la representación de una representación”, la pintura dentro de un relato, el arte dentro del arte), donde lo importante son los personajes que cobran vida y las personas que rodearon la composición de la pintura y no la pintura en sí misma.

En *Un novelista en el Museo del Prado*, Mújica Láinez hace que los personajes de las pinturas cobren vida por la noche, argumento que nos recuerda la película norteamericana *Noche en el museo*. Por su parte, en *El sueño de Venecia* (1992) de Paloma Díaz Mas, un mismo cuadro va pasando por diferentes épocas y generaciones. En *La tabla de Flandes* (1990), de Arturo Pérez-Reverte, una tabla pintada hace cinco siglos influye en la vida de los personajes. *La tempestad* -cuadro de Giorgione del siglo XVI-, inspira la novela homónima, escrita en 1997 por Juan Manuel de Prada.

En el caso de este relato corto, el vínculo de unión entre lugares separados más de 500 km y el cordón umbilical que une a personajes que vivieron 94 años atrás con el presente, es un fuerte dolor de cabeza que siente la muchacha que mira un cuadro en un museo, justo antes de que se produzca dicho *flashback* espacial y temporal que la arrastra a las playas de Gerona; dolor que vuelve a aparecer justo en el momento en que la protagonista reconoce que el cuadro que le muestra un joven desconocido que sin querer le ha propinado un golpe en la cabeza, no

es otro que *Muchacha en la ventana*, que este le enseña, orgulloso, como parte de una futura colección de 12 pinturas.

En cuanto a las voces narrativas, la autora se ha decantado por un narrador en tercera persona, que lejos de ser omnisciente y conocedor de los pormenores de la historia, cuenta los hechos desde la visión parcial de la protagonista que apenas entiende lo que está sucediendo; llama la atención que el receptor sepa más que la protagonista por ciertos detalles que anticipan los hechos: el propio título, la referencia geotemporal (Gerona, Cadaqués, playa, año 1925), la referencia al inusual bigote que nos remite a Dalí, su hermana Anna, la ventana que anuncia lugares conocidos...). De este modo, aunque el narrador se reserve para la última frase el desvelamiento del nombre del joven que tropieza con la estudiante y la invita a comer para compensar el daño, al lector que apenas conozca datos biográficos del pintor de Figueras, no le supone en absoluto una sorpresa, sino más bien, un reencuentro.

El momento de máxima sublimación al descubrir la ventana con vistas reconocibles y el cuadro con Anna Dalí mirando las playas de Es Llaner, acaba cuando llega el momento real de la historia, de nuevo el dolor en la cabeza, que devuelve a la protagonista a la sala del museo donde sufrió la asombrosa inmersión. A la narradora, en conclusión, no le interesa contar los pormenores técnicos del cuadro, sino lo que Unamuno llamaba la *intrahistoria* para referirse a la vida tradicional, que sirve de "decorado" a la historia más visible, esto es, todo aquello que está a la sombra de lo más conocido históricamente.

Ojalá nuestra ganadora siga mirando más allá de las ventanas y encuentre personajes extraordinarios o comunes a los que dedicar una historia o una intrahistoria tan bien contada como esta. Enhorabuena.

Toñi Gómez Vidal